

LA SEGUNDA REVOLUCION FRANCESA

Desde el momento en que los comunistas franceses se han puesto del lado gubernamental y se han enfrentado a los que consideran a Mao y al Ché Guevara como héroes, la situación ha cambiado.

Los efectos de lo que ha ocurrido en Francia desbordan con mucho sus fronteras.

¿Ha sido realmente lo sucedido una revolución? Los que la han vivido creen que sí. Pero la polvareda va pasando y las causas —de las que nadie tenía la menor sospecha van apareciendo cada vez más claras.

A causa del incremento poblacional que siguió a la segunda guerra mundial, hoy tenemos en Francia tres veces más estudiantes de educación superior que los que había en 1958.

La Universidad, con sus métodos centralistas y autoritarios, apenas si había cambiado desde los días de Napoleón. Era, para usar una expresión de Lenin, el elemento más débil y desgastado de la sociedad francesa. Un hecho accidental (la revuelta de los estudiantes en la Facultad de Ciencias Sociales de Nanterre) y alguna acción imprudente por parte del gobierno (como el enviar la policía a la Sorbona) bastaron para producir la fisura. Las consecuencias fueron

enormes. En el espacio de pocas semanas se vió a la generación joven someter a una crítica extrema no sólo el sistema de enseñanza sino también a la sociedad entera, tal como existe lo mismo en el Este que en el Oeste.

Otra de las causas de la revolución de Mayo fue que el gobierno de la Quinta República resultó incapaz de dialogar con los sindicatos y con los partidos de oposición.

Ha habido ciertos factores que han tenido el efecto de ocultar a los extranjeros, y en parte al mismo pueblo francés, el hecho de un descontento creciente entre muchos sectores de la vida nacional. Estos factores son especialmente los éxitos de la política exterior tales como el fin de la guerra de Argelia, la descolonización pacífica de los territorios de Africa, las relaciones amistosas con la Europa del Este y con la Unión Soviética, no menos que la estabilidad gubernamental y financiera, la pros-

peridad económica y la elevación general del nivel de vida.

Francia era gobernada por una especie de Consejo de Administración que consultaba cada vez menos con los grupos intermedios. En lugar de consultar, el gobierno buscó de tiempo en tiempo una nueva aprobación sincera y masiva del pueblo, y procuraba desacreditar a cualquiera que tuviera la audacia de oponerse a este "modus operandi".

Con todo las elecciones presidenciales (1965) y legislativa (1967) señalaron una cierta pérdida de prestigio y de autoridad de Carlos de Gaulle. En la Asamblea Nacional elegida en 1967 el gobierno contó tan sólo con la mayoría por un voto.

Por todo ello, y mucho antes del estallido estudiantil, los sindicatos y los partidos de oposición habían elegido el 13 de Mayo (décimo aniversario del complot de Argelia que en 1958 llevó al poder al Gral. de Gaulle) como un día nacional

de protesta. El movimiento emocional suscitado por las barricadas levantadas en el Barrio Latino (en la noche del 9 al 10 de Mayo) y la debilidad y falta de decisión del Gobierno, ayudaron al planteamiento de la huelga general y la marcha de las organizaciones de estudiantes y obreros en París resultó un éxito sin precedentes.

En los días siguientes los obreros ocupaban algunas fábricas. Esta fase fue aprovechada por los sindicatos para controlar y apoderarse de la dirección del movimiento y para orientarlo en el sentido clásico de demanda de mejores salarios, del derecho a organizarse, etc. Desde el 17 de Mayo en adelante quedó paralizada la producción, el transporte y la comunicación en toda Francia. El personal de la radio y televisión nacional hizo causa común con ellos, con lo cual el gobierno hubo de recurrir para comunicarse con la nación a una especie de televisión fantasma, cuyos efectos lúgubres fomentaron el pánico.

Mientras un poder estudiantil reemplazaba a las autoridades del Estado en los edificios universitarios, un poder obrero aparecía como el único que de facto dirigía a través de empleados y obreros cierto número de servicios públicos esenciales, tales como alimentación, agua, gas y electricidad.

La prensa mundial informó día a día de las muchas alternativas de esta crisis política que llegó a amenazar seriamente a fines de Mayo la vida de la Quinta República.

El Primer Ministro Pompidou actuó valerosamente del comienzo al fin; había enten-

dido la gravedad de la situación.

El Gral. de Gaulle, sin embargo, no pareció captar desde un principio lo que sucedía: y su anuncio de un referéndum, que equivalía a un plebiscito, en un momento en que su misma autoridad se hallaba puesta en tela de juicio, no hizo sino intensificar la hostilidad contra él. Finalmente se convenció de la gravedad de la situación y el 30 de mayo ofreció al país la única vía posible para salir de esta crisis, es a saber el efectuar la elección de una nueva legislatura, después del plazo más corto permitido por la Constitución. La opinión pública se reanimó ante la respuesta favorable de los sindicatos y de los partidos (todos los cuales temían a la anarquía creciente y se habían unido en apoyo de esta solución).

Y a pesar de que escribo estas líneas antes de las elecciones de 23 y 30 de Junio, voy a permitirme hacer un análisis de la crisis.¹

En mi opinión, aunque la mayoría de los franceses por temor a mayores riesgos, pongan de nuevo su confianza en el partido que había creado y dirigía la Quinta República en conformidad con las ideas políticas del Gral. de Gaulle, tal actitud carecerá de entusiasmo. En todo caso ha comenzado la época del post-Gaullismo, y la línea política seguida durante estos diez años no podrá ser mantenida. Pero, con todo, este problema interesa menos a los franceses que la "revolución cultural", es a saber: las transformaciones so-

ciales que entrevieron y consideraron posible durante los días del pasado Mayo.

En cuanto al futuro inmediato, no es probable que resulten muy originales los cambios que se introduzcan en la universidad y en la industria. La autonomía de las universidades, su independencia frente al Estado, la participación conjunta de profesores y alumnos en la administración, una mayor libertad en la elección de materias, un sistema más flexible de exámenes, un contacto mayor entre la universidad y la vida económica de la nación todo ello resulta nuevo en la mayor parte de Europa, sujeta todavía a las tradiciones medievales de los tiempos napoleónicos. Hay que notar que estos cambios propuestos en Francia existen ya, para bien o para mal, en la mayor parte de América del Norte y del Sur.

Los sindicatos apenas inventaron nada nuevo en esta ocasión, como lo ha observado el sociólogo Roger Caillois. Se limitaron a ocupar los lugares de trabajo, como lo habían hecho en 1936, para presionar de este modo en favor de sus demandas. Más que una dirección o co-dirección de las fábricas, sus peticiones se limitaron a demandar un mayor control sobre una distribución más equitativa de los beneficios. Caillois escribe: "Asistimos al comienzo de una evolución de las organizaciones sindicales franceses en el sentido de las de Inglaterra, Países Escandinavos o Estados Unidos. Estos sindicatos se limitan a enfrentarse sencilla y audazmente al patrono para obtener las mayores ventajas posibles de la sociedad de la que forman parte" (Le Monde, Junio 13).

1.—Los electores, acaso ante el temor del comunismo, dieron a De Gaulle una amplia mayoría de puestos en la Asamblea.—N. de la R.

Nueva orientación.

Podríamos preguntarnos si la revolución de Mayo nos ha traído alguna nueva inspiración o idea.

En el momento en el que el viejo orden social se hundía, el partido comunista, tantas veces considerado hasta ahora como instigador de la subversión, apareció como uno de los defensores del orden republicano, de la legalidad, de los derechos del hombre. Y es que a medida que la Unión Soviética va resultando una fuerza de equilibrio para la paz en la sociedad internacional, el partido comunista francés va perdiendo su temido influjo en el gran público. Por el contrario, su postura se considera orientada a proteger la sociedad contra la "constante irresponsabilidad" de los maoístas, trotskistas, castristas, guevaristas, que por su parte no ocultan su desprecio por esta "chusma de stalinistas" (según afirma Daniel Cohn-Bendit, uno de los líderes de la revolución estudiantil).

La nueva revolución se está realizando en la izquierda, pero muy apartada, si se quiere del partido comunista. Su actitud es un reto a la sociedad liberal y a la sociedad comunista, consideradas ambas como "sociedades de consumidores".

La inspiración intelectual de los estudiantes franceses y alemanes de extrema izquierda, tomada del filósofo germano-americano H. Marcuse, va dirigida contra un tipo de sociedad industrial, sea de estructura capitalista o colectivista, en la que el individuo es considerado primariamente como un consumidor que percibe cada vez mayores bienes, aun bienes culturales tales como la

educación, el arte, etc., pero sin tener la posibilidad de evadirse de un tal sistema.

La popularidad de Mao entre nuestros estudiantes se debe en parte a su crítica del "economismo" ante el cual según él y según ellos, el revisionismo soviético ha sucumbido.

El "capitalismo americano", es un sistema intrínsecamente malo, y por tanto imposible de regenerar. La idea de una "revolución cultural" ejerce, por consiguiente, una seductora influencia en la imaginación, en la creatividad, en la espontaneidad. Sus "slogans" se encuentran por todos lados, lo mismo en la prensa estudiantil que en los muros de la Sorbona ocupada por ellos. "Aquí la imaginación es poder", dice uno de ellos.

Nuestras sociedades liberales de Occidente, según los revolucionarios de Mayo, creyeron hacer posible la libertad de discusión, un criticismo creador y el progreso social por medio de los partidos políticos. Pero, la experiencia da que los partidos políticos no resultan. La sociedad libre de "consumidores" propugna de hecho la opresión económica y la conformidad cultural. Los regímenes socialistas, es cierto, han conseguido eliminar la opresión económica hasta cierto punto. Pero hasta las sociedades socialistas más avanzadas —como la de la Unión Soviética— muestran síntomas de una parálisis política e intelectual.

Entre tanto, millones de seres humanos se hallan a nuestras puertas viviendo en un mundo subdesarrollado y a punto de desesperar. Sueñan en la violencia como medio de hacerse con los bienes que saben podrían conseguir, a no

ser por las actuales estructuras económicas internacionales que se lo impiden. A la lista de males fundamentales que desea destruir la "revolución cultural" francesa de Mayo 1968 (tales como el capitalismo, el fascismo y el stalinismo) debe añadirse otro, es a saber el imperialismo que gravita pesadamente sobre el proletariado, víctima de una sociedad internacional de consumidores industriales.

Así pues hay que admitir que el factor internacional jugó una parte importante en el desarrollo de la revolución estudiantil. Desde luego que influyó el ejemplo contagioso dado por los estudiantes de Berlín, Roma, Tokio, Varsovia, Berkeley y Columbia. Pero también se notó el influjo del prestigio de las guerrillas del Tercer Mundo, sean de Cuba o del Vietnam, o las del Ché Guevara, constituídas por gentes que han intentado en vano sacudirse de unas estructuras económicas culpables de mantener a los dos tercios de la humanidad en una esclavitud económica.

El dinamismo revolucionario puesto en marcha durante la crisis francesa es algo totalmente diferente a los brotes periódicos producidos por los partidos comunistas durante los últimos cincuenta años. Ya no se trata de la lucha de clases. La disputa no versa ya sobre la obtención de lo que llamaba Marx "la plusvalía del trabajo". Hoy la lucha se libra acerca de la finalidad real de la sociedad económica.

Hay otro elemento en la revolución de Mayo que no tiene ninguna originalidad. El sociólogo Caillois indica en el artículo citado más arriba que, mientras la Confederación General del Trabajo dominada

por los comunistas prefirió conservar el movimiento estudiantil al alcance de su mano y sostuvo la orientación clásica en estos casos de formular una serie de demandas sociales conocidas, la Confederación Democrática Francesa de Trabajadores (la organización francesa de obreros que ocupa el segundo lugar y que cuenta con muchos cristianos entre sus miembros) dio un decidido apoyo a las más amplias aspiraciones de los estudiantes y de los jóvenes obreros. Lo mismo los estudiantes que los obreros aspiraban a participar en la dirección de las sociedades, lo mismo en el terreno económico que en el político y en el de la educación. Pero, ¿puede considerarse posible un tipo tal de revolución en las relaciones humanas de una sociedad industrial desarrollada? La experiencia de Yugoslavia, con la intervención administrativa de los trabajadores en una factoría o una industria, no ha dado resultado. La razón es que el Partido comunista ortodoxo no cree en tal clase de autoadministración de los medios de producción y al pensar así coincide con el clásico liberalismo del "laissez-faire".

Con todo, lo mismo los estudiantes que los jóvenes obreros piensan que ninguna sociedad industrial y postindustrial podrá progresar si no llega a encontrar nuevas estructuras que permitan la participación directa y un libre cambio de opiniones, lo mismo en los negocios que en las universidades y especialmente en la vida política nacional e internacional. Y a pesar de la oposición del comunismo ortodoxo, en Mayo de 1968 apareció de pronto como posible un tipo de sociedad de esta clase. Este

aspecto de la revolución podrá quedar andado el tiempo como uno de los elementos más dinámicos y contagiosos de la misma.

Antes de concluir este escrito deseo responderme a mí mismo sobre dos preguntas que acaso se haya hecho el lector:

1. ¿Puede afirmarse que la revolución de Mayo fue fomentada por grupos resueltos a destruirlo todo?

Es cierto que, especialmente a los principios, hubo personas peritas en manejar multitudes que dirigieron las reuniones espontáneas y que aplicaban técnicas chinas. Es también cierto que hubo expertos en la guerra urbana de guerrillas entre los que se dedicaron a levantar barricadas en las calles.

Por otra parte, y a pesar de estos hechos inquietantes, no es menos cierto que la rebelión se produjo en gran parte de un modo espontáneo y que las organizaciones de estudiantes y obreros, aun aquellas no muy representativas, se hicieron dueñas rápidamente del control y asumieron la supervisión de las operaciones.

2. ¿Qué parte tuvo la Iglesia en estos acontecimientos?

Hace ya un año que los jóvenes cristianos de Francia se han venido mostrando especialmente interesados en los fenómenos revolucionarios, sobre todo en los de América Latina. En todos los grupos católicos, Camilo Torres, el Ché Guevara y la violencia han sido temas de frecuente discusión. Una sola conferencia, dada en París en Abril último por el Arzobispo brasileño Dom Helder Câmara, arrastró a miles de personas. Cuando, pocos días más tarde, explotó inesperadamente la

violencia entre nosotros, aquellos laicos y sacerdotes que habían estado en contacto con la juventud francesa se hallaron totalmente preparados para entender los valores inherentes al movimiento, a pesar de sus defectos. Esto explica que se unieran a las demostraciones masivas con gran entusiasmo, lo mismo que a las asambleas de estudiantes o comités de obreros, en las que se pusieron a discusión las demandas de nuevas estructuras en la universidad y la situación de la llamada "sociedad consumidora".

La fiebre llegó hasta el mismo venerable "Institut Catholique", en el cual sacerdotes y monjas fueron los que criticaron con más ardor el "sistema" de clases y exámenes, y se mostraron decididos partidarios de la intervención en los comités administrativos a nivel departamental.

Esta "confrontación" envolvió inevitablemente a las mismas estructuras de la Iglesia. Hubo varias parroquias en las que grupos de jóvenes intentaron apoderarse del micrófono al comienzo de la misa dominical para comprometer al sacerdote y a los fieles en un diálogo y discutir la sociedad eclesial, del mismo modo que lo habían hecho las dos o tres semanas anteriores en las escuelas y universidades. Decepcionados ante la fría reacción de los parroquianos de edad madura, procedieron a convertir el "claustro San Severino" (en el Barrio Latino) y el "círculo Saint Yves" (para estudiantes católicos de Derecho) en foros permanentes de discusión.

Yo mismo asistí a una de estas pintorescas asambleas en un anfiteatro de la Sorbona ocupada por ellos y sobre la

que ondeaban banderas rojas y negras. Esta asamblea estaba organizada por el "Comité Revolucionario de Agitación Cultural", a petición de un grupo anarquista, para tratar del tema "Cristiandad y Revolución". Como suele suceder en estos casos, el tema derivó rápidamente hacia la revolución "en" la Iglesia, un tema que parecía mucho más interesante a aquella audiencia de ateos, laicos cristianos, sacerdotes y monjas.

Fueron muy significativas las declaraciones de la Jerarquía en los momentos claves de la crisis, en especial las de Francisco Marty, el nuevo Arzobispo de París, breves pero en su punto.

No fue difícil hallar un amplio arsenal de temas "revolucionarios" en los documentos del Concilio Vaticano II, especialmente en "Gaudium et Spes", sobre la necesidad de

una discusión libre o sobre la necesidad de una participación individual en la sociedad.

Más aún: incluso aquellos que a causa de hallarse envueltos en la crisis no podían ver las consecuencias para otros participantes europeos de Francia y del Tercer Mundo, los Obispos, quisieron llamar la atención hacia el hecho de que un verdadero internacionalismo es algo más que una mera cuestión de palabras y de teorías.

Por ejemplo, muchos de los Estados africanos de reciente creación se hallan tan íntimamente unidos a Francia que una prolongada crisis política francesa constituiría una seria amenaza para su estabilidad política y su desarrollo. En ningún momento dio la Iglesia la impresión de que estos acontecimientos la habían alarmado o excluido.

Con todo, estos sucesos no fortalecerán la posición de la Iglesia en Francia. Y una vez concluido el período electoral, se producirá otro de calma y de pausa en estos conatos, sea en el terreno político sea en el social. Pero esta pausa no se va a dar en la Iglesia. Providencialmente el Vaticano II ha abierto el camino para nuevas transiciones y evitado toda división exagerada. Pero para responder a las esperanzas de la generación joven hará falta ir más allá de la "Gaudium et Spes" y de la "Populorum Progressio".

Hace falta un nuevo estilo de relaciones dentro de la Iglesia y un nuevo tipo de contacto entre Iglesia y Sociedad basados en aquella "participación" y "libre cambio de ideas", en las que la imaginación juvenil ha insistido tanto.

("América" - Jul. 1968).

TELEVISORES SYLVANIA

con el exclusivo
HALO-LIGHT

Margen de luz que protege
sus ojos y pantalla
cuadrada. Disponible en
variedad de modelos.

**Agencias
Electrónicas, S.A.**

Calle Rubén Darío 591
San Salvador, El Salvador.

